

Miguel de Valencia

## **Glosas de la cultura actual**

La Universidad de París ha concedido un premio extraordinario a una tesis doctoral sobre la "Novela de la Rosa". Y la atención de los eruditos vuelve a centrarse en uno de los temas de fina oscilación romántica. Sus proyecciones habrán de ser muy interesantes, sobre todo en los ámbitos de la creación esencialmente poética.

Un poeta francés del siglo XII, Guillermo de Lorris, en trance de amorosa evocación, reunió todas las galas de su lira para actualizar un sueño. Precisamente el más agradable de los que pudieran rondar en los desvanes de su recuerdo, allá en los albores de su adolescencia. Y pudo reanimar, en función de voluntario empeño, la imagen ondulante de un vergel, en donde, solitaria, se balanceaba firme y frágil una rosa, con espinas, como la belleza que suele ofrecerse libre, sin obstáculos visibles. Tuvo, pues, el tema de inspiración. Lo demás habría de llegarle por añadidura, ya que la emoción que proyectaba su espíritu alcanzaba a cubrirse de repercusiones directas, sin grave artificio retórico, tal vez, eso sí, recargados de plurales y susceptibles interpretaciones.

El poeta eligió las sendas de la alegoría. Su obra, inacabada, ejerció evidente influencia en la creación literaria francesa durante la Edad Media, saltando incluso las fronteras, dejando su huella alusiva en los recintos de la poesía, en los trabajos morales y políticos, en los sermones moralistas, en los panfletos que hieren con doble

filo, que ocultan sus aristas en la intencionada referencia, en la espiral del verbo alegórico.

La "Novela de la Rosa" es el poema de la mujer. La solitaria floración del vergel supone cifra y símbolo de la belleza femenina y adolescente. Para engastarla en el humano prendedor hay que vencer resistencias. El poeta las refiere en veinte abstracciones personificadas. En el molde del octosílabo, entonan sus voces y querellas el Peligro, la Juventud, el Placer... Más de veinte mil versos se asocian con indudable gracia para constituir, con una mentalidad esencialmente francesa, un alegre "Arte de Amar", en la pauta que esbozara Ovidio.

Esta obra inconclusa, abierta a posibles interpolaciones, fué continuada por otro poeta. Y agregó retazos eruditos, de una sátira llevada al cinismo. Pero conservando, no obstante, por exigencias del estilo, su extensa galería de temas alegóricos.

Como era natural, surgieron los imitadores. Y no faltaron esforzados artesanos del verso que consiguieron infiltrar un sentido místico y moral a las bellas estancias, tan llenas de alusiones carnales. De esta forma, la "Novela de la Rosa" perdió su original sentido. Los comentaristas bruñeron el cobre para obtener reflejos áureos. En algunos pasajes impidieron al fácil juego de la luz para que las miradas se vieran sorprendidas por discretas veladuras.

Desde luego, no es éste un caso insólito en los recintos de la creación literaria. Puede citarse muchos ejemplos de inesperadas consecuencias. Nada más fácil que desvirtuar el profundo sentido de una obra. Unas palabras, hábilmente distribuídas, convierten la cálida efusión amorosa en revolar de profundo misticismo. Como la sensatez de la máxima adquiere relieves de vulgaridad, de astucia y cautela con la dislocación premeditada de uno de sus términos.

La literatura española registra en su historia uno de los casos más notables. El de las églogas de Garcilaso de la Vega convertidas en breviario religioso gracias al posible ingenio de Sebastián de Córdoba. Caso digno de tenerse en cuenta, ya que el inefable San Juan de la Cruz pudo nutrir su delicado temperamento con la soterrada fuerza

amorosa de las parejas campesinas, haciendo suya la inquieta pasión, que fué deleite en sus lecturas, a través de fórmulas religiosas.

La novela de la Rosa será, otra vez, un libro leído.

La Historia de la Medicina es como un recuerdo de los obstáculos que, desde antaño, impidieron la vida en su cabal plenitud.

He ahí por qué los hombres ordenaron sus conocimientos, crearon un cuerpo de doctrina, dando origen al pensamiento médico.

Por esta razón, cada vez que se publica una Historia de la Medicina, se produce un revuelo de admiración, porque en sus páginas se halla la verdadera cifra psicológica de muchas inquietudes anónimas.

En las universidades del mundo se trabaja ahora sobre la evolución clínica, se agregan capítulos a una historia que bien merece el título de "humana" en su más entrañable sentido.

Destaquemos que en una de estas obras monumentales, redactada por eminentes doctores de los hospitales franceses, se anota con precisión la trayectoria médica en América, allá en sus años de albor. Los datos son interesantes, ya que nos permiten comprender aspectos de la civilización americana. Una anotación marginal permitiría entresacar algunos hechos concretos.

Se ha comprobado, por ejemplo, que entre los pueblos aborígenes, los mayas y los aztecas fueron los de mayor intuición médica. Tenían sus dioses que producían la sarna, el reumatismo, los flemones y el paludismo. Conocían yerbas medicinales que eran cultivadas en sus jardines botánicos. Las caries dentarias las obstruían con piedras preciosas.

Los incas también fueron duchos en el arte de la herboristería. Se ha dicho que merecen el título de primeros naturalistas del mundo. Practicaron la trepanación en enfermos y en sobrevivientes. Así lo han demostrado algunos esqueletos hallados con signos evidentes de tejidos con reacción cicatrizal.

Entre las enfermedades sufridas por ellos se citan la verruga peruana, la parálisis facial, infecciones en labios leporinos.

Los araucanos, hombres de costumbres bélicas, fueron grandes cirujanos. En su farmacopea se anotan el cerebro de gaviota para

los estados melancólicos, el canelo para los dolores de estómago, parálisis y reumatismo.

La medicina en América, sus prácticas elementales, son como los puntos de referencia para entender la medicina en los pueblos mediterráneos, las doctrinas espiritualistas y fisiológicas que hicieron posible los nombres de Pasteur y Lister, las conquistas médicas del siglo XX.

\* \* \*

Un grupo de editores ingleses se propone publicar algunas obras olvidadas. Tal, por ejemplo, la "Novela de los siete sabios", el extraño "Delopathos" atribuido al poeta indio Sindabad.

Con frecuencia hemos oído hablar de los siete sabios de Grecia. Sus nombres eufónicos traen a la sensibilidad actual un recuerdo de profunda experiencia clásica, formativa, de sabor didáctico.

El deseo de reducir lo diverso a unidad llevó a ciertos escritores a insertar en las frases lapidarias de Cleóbulo y de Solón las máximas y los apólogos de la sabiduría oriental. Así nacieron algunos libros, hoy olvidados, tales como la ya citada "Novela de los siete sabios".

Dolopathos es un rey de Sicilia, desgraciado, víctima de los juegos del destino. Su nombre así lo indica. La traición y la estratagema lo zarandean con violencia. Su hijo Luciano debe librarse de una acusación. Pero antes de usar el lenguaje directo, recurre al apólogo, a la breve historia que alecciona y sorprende al pueblo, a los magnates. Los sabios le ayudan en su labor. Y de sus labios brotan las parábolas moralistas, sensuales, de honda filosofía. El conocimiento de la vida, el saber de Tales de Mileto, Periandro, Pitaco y Chilón, revive a través de estas páginas, trazadas un siglo antes de la Era Cristiana.

Los novelistas españoles, alemanes e italianos, especialmente, pudieron inspirarse en las fábulas de Sindabad. Algunos de los cuentos de Boccacio, las lucubraciones del "Caballero del Cisne" y el

“Mercader de Venecia”, recogen y transfiguran los argumentos originales.

En la actualidad, en muchas bibliotecas, pueden consultarse las distintas versiones del “Dolopathos”.

Sindabad, el poeta, recoge en su obra las inquietudes y balbuceos de una filosofía normativa. En la trama novelesca se destacan el “conócete a ti mismo”, la incansable pregunta acerca del principio de las cosas, la tristeza y el remordimiento de Periandro, el “nada más” de Pitaco, los enigmas de Cleóbulo, el sabio renunciamiento del espartano Chilón, que supo decir “No desees nada que sea demasiado ventajoso”.

Libro olvidado el “Dolopathos” estaba llamado a convertirse en rareza bibliográfica.

La iniciativa de unos esforzados editores renovará la devoción que se tuvo por este libro durante varios períodos de la Edad Media.

\* \* \*

El japonés es una lengua armoniosa. Aunque su vocabulario no es muy rico, las palabras tienen plurales vertientes, se cargan de significado según el momento, de acuerdo con la persona a quien van dirigidas.

La cortesía y las manifestaciones románticas son verdaderas esporales, se cubren de tintes nebulosos. El simple hecho lingüístico de que los pronombres tengan más de doce variantes para la segunda persona facilita la gradación de los efectos en función de las circunstancias y del rango de los interlocutores.

El budismo y la filosofía de Confucio inspiran toda su literatura durante varios siglos. Sólo a mediados del siglo XIX, con la hegemonía de Tokio, se inicia la gran restauración moderna. Y el romanticismo de su obra clásica, “Los amores de Otaba y Tansiti” se desborda con la incorporación de elementos nuevos.

En América nos eran conocidos los nombres de Koyo, autor de realismo vascular; de Ikío, escritora apasionada y sentimental;

de Rohan y Kithara, idealistas, enamorados del ensueño. Y en fechas más recientes, las obras de Uko y Msakato", cultores de un minucioso lirismo.

Ahora se traduce al francés y a otros idiomas la novela de un contemporáneo, Yoichi Nakagawa, joven romántico japonés. La cultura occidental del autor es riquísima. Con precisión maneja los poemas clásicos y modernos, el sentido profundo de "Madame Bovary" y de "Ana Karenina".

En esta obra, traducida con el título "Los largos años", se perciben las corrientes subterráneas del alma japonesa. Su romanticismo es una combinación de inquietud y espera, de fuego lento soterrado en cenizas cálidas. Diríase que el hombre enamorado goza en la renunciación. Sin duda, hay factores intelectuales y filosóficos, reminiscencias de una filosofía vital secular que han formado una psicología que choca con nuestras costumbres, con nuestro ritmo humano.

Siguiendo las normas de las obras literarias del Japón, los personajes son pocos. Todo queda centrado en una mujer, digna de amor, y en un galán campeón de la paciencia. Y cuando muere la silenciosa enamorada, el cielo de una colina se cubre de luces artificiales. Porque los idilios románticos son "como un sueño evanescente".

El escritor Nakagawa nos dice su mensaje oriental, su concepción del placer y del amor. El sentimentalismo japonés de nuestros días constituye una bella sorpresa.

\* \* \*

El filósofo español Ortega y Gasset ha fallecido recientemente. Antes, las universidades habían celebrado la fecha de sus setenta años con diversos actos, entre los cuales se destacó el ciclo de conferencias sobre los problemas y posibilidades en la segunda mitad de nuestro siglo. Como título general de las disertaciones se eligió uno de cierta amplitud, de compromiso intelectual indudable: "El estado de la cuestión".

Durante la enfermedad del insigne pensador hispano, los centros intelectuales del orbe siguieron atentos los procesos y evolución de una salud, preciosa por diversos motivos.

Ortega y Gasset trabajaba en la redacción de la obra que había de presentar organizados los principios de su filosofía esencialmente vitalista, orientada hacia las concepciones de un vivir activo.

Sin embargo, en la extensa nómina de sus trabajos sobre arte, política, literatura, música y filosofía, ya se vislumbran los trazos firmes de una manera de ver la realidad y de comprender las razones primeras y últimas de los hechos vitales.

Ahora es interesante recordar que los profesores que organizaran el curso antes citado, habían dicho: "Queremos utilizar al maestro, ávida y generosamente, si es posible ir más allá de él. Para un filósofo, ningún homenaje es mejor que demostrar su fecundidad, andando con él por caminos que ha señalado y que tal vez no ha recorrido".

La obra del filósofo español desaparecido ha sido interpretada por sus alumnos y admiradores. Sus ideas sobre la vieja y nueva política son la cristalización de un anhelo democrático, vertido en términos filosóficos. Las páginas del "Espectador" exhiben una documentada miscelánea de estética, de profundos atisbos psicológicos. Sus reflexiones sobre el centenario de Kant suponen un alto vuelo por los ámbitos del puro filosofar. En sus trabajos referidos a la deshumanización del arte e ideas en torno a la novela, el pensador vaticina la decadencia de un género literario, caso de seguir viviendo en dominios ya superados.

El homenaje que se brindara a Ortega y Gasset expresó el reconocimiento de una labor creadora de gran alcurnia.

Durante muchos años la "Revista de Occidente" llevó su mensaje a todos los continentes. Las obras más valiosas del pensamiento fueron glosadas, traducidas por un equipo de hombres que reconocían en Ortega al conductor y maestro.

Don José Ortega y Gasset fué un pensador tan macizo que rechaza toda glosa marginal de su obra. Hasta sus mínimas elucubra-

ciones exigen el ser abordadas con un pensamiento filosófico y resuelto.

Nos limitamos a indicar uno de sus puntos de vista que hacen referencia a la creación literaria, y sobre el que vuelve con insistencia en sus obras más recientes.

Nos dice Ortega que cuando el desarrollo de un idioma excede al desarrollo de la sensibilidad de un pueblo o de un individuo, se produce la retórica, algo así como la hinchazón vacua e inoperante. Por eso, un lenguaje poco ampuloso necesita apoyarse en ideas sólidas para tener valor estético. Y ello es así, porque hay una estética de las ideas, como existe una estética de la forma, del paramento o cobertura formal.

He ahí unas ideas de gran valor para los escritores, para los poetas en particular.

Se ha dicho que la obra de algunos hombres requiere de una conveniente perspectiva para ser comprendida en su integridad. Tal puede ser el caso de las intuiciones orteguianas. Durante su vida se dedicó a sembrar ideas, a espolear inquietudes que nunca habían brillado. El pensamiento filosófico español habrá de afincarse en las ideas de Ortega y Gasset. Claro está que su obra, para ser vertida en términos de vulgarización, habrá de necesitar el concurso de finas sensibilidades. Labor de suma urgencia, ya que interesa salir al frente de los apresurados papanatas que aseguran, con insuficiente autoridad, la no existencia de una vertebración filosófica en la obra de Ortega y Gasset.

¡Primero vivir y después filosofar! Así habían dicho algunos pensadores clásicos. Pero Ortega estaba convencido de que el filosofar tenía validez al compás del vivir activo.

\* \* \*

Milton Rossel, profesor del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ha publicado un valioso estudio sobre la significación y contenido del criollismo.

He ahí un trabajo que, sin dejar de ser polémico, enfila los rumbos de la investigación. Su finalidad presenta tres vertientes complementarias: ahondar en las raíces del criollismo, desentrañar su contenido y expresar su significación.

Con frecuencia, la valoración de un movimiento literario se ha hecho de una manera impresionista, dejándose llevar por ciertos anhelos y por determinadas posturas esencialmente subjetivas. En tales circunstancias, el juicio está dañado en su origen. Ahora bien, la moderna exégesis literaria requiere de otras normas. El crítico necesita manejar unos materiales que sólo pueden espigarse en los recintos de la erudición. Sólo con ellos podrá iniciar sus vuelos de altura, sus avances de penetración en la obra ajena, su marcha regresiva hasta bañarse en los hontanares de origen.

Milton Rossel ha preferido este camino de mayor responsabilidad. Y, como es lógico, sus conclusiones se convierten en juicios de validez. El tema del criollismo queda centrado en sus orígenes y proyecciones. La estilización de un contenido humano vernacular es, sin duda, el signo más valioso de la creación literaria nacional. Sin que ello suponga menoscabar las obras esencialmente imaginistas.

En este estudio se ha dado la medida de lo que es el criollismo, se le exalta en cuanto trata de reflejar el mundo americano en sus complejos aspectos humanos y físicos. Y todavía más. Se le ha dado una justificación social y psicológica.

He aquí una interesante afirmación del autor: "El arte es la más alta expresión del espíritu humano. Si la América de habla española ha desarrollado tan magníficamente su vida espiritual, quiere ello decir que hemos arquitecturado ya este destino histórico de las grandes civilizaciones y culturas".—*M. de V.*